

«Versiones que capturo del olvido». Reflexiones sobre el sentido de la historia de la psicología

José Carlos Loredo Narciandi
Universidad Nacional de Educación a Distancia

José Carlos Sánchez González
Universidad de Oviedo

Tomás R. Fernández Rodríguez
Universidad de Oviedo

Puesto que estamos estudiando el alma se hace necesario que, al tiempo que recorremos las dificultades cuya solución habrá de encontrarse a medida que avancemos, recojamos las opiniones de cuantos predecesores afirmaron algo acerca de ella: de este modo nos será posible retener lo que dijeron acertadamente así como tomar precauciones respecto de aquello que puedan haber dicho sin acierto.

(ARISTÓTELES)

*Hoy continué domesticando la razón,
llena de asombro ante el día sucedido.
Proyecto un rápido boceto de la acción,
trazo versiones que capturo del olvido.*

(SILVIO RODRÍGUEZ)

Resumen

Partimos de que los problemas historiográficos no se resuelven como si fueran meros problemas técnicos o metodológicos, según parece suponer, por ejemplo, Franz Samelson (1999), uno de los representantes de la «nueva» historia de la psicología. Tampoco nos parece satisfactoria la estrategia de «explicar» la ciencia en términos de demandas sociales y consensos de interés,

manteniéndose supuestamente al margen de aquello que los personajes históricos discutían, es decir, de la psicología. La práctica de la historia siempre lleva aparejado el ejercicio de una perspectiva teórica que no es sólo historiográfica sino también psicológica, y que conviene explicitar. En relación con esto señalamos la peculiar paradoja en la que se mueve el historiador de la psicología, quien debe historiar una disciplina directamente relacionada con el problema del conocimiento y, a la vez, debe emplear algún tipo de teoría del conocimiento a la hora de justificar sus estrategias historiográficas. La historiografía *crítica* reciente se ha puesto en manos de una concepción del conocimiento y de la ciencia ajena a los mejores productos históricos de la psicología: aquellos que no permitirían una concepción irracionalista del sujeto ni de la producción y transformación del conocimiento. Utilizamos el relato histórico de Thomas H. Leahey (2005) como contraejemplo del tipo de narración histórica que defendemos –sin que por ello juzguemos su libro como una mala historia de la psicología–. Por último, esbozamos un apunte sobre la situación de nuestra disciplina en el nuevo escenario universitario definido por el Espacio Europeo de Educación Superior.

Palabras clave: Historia de la psicología. Historiografía. Teoría psicológica. Constructivismo. Espacio Europeo de Educación Superior.

Abstract

Historiographical issues cannot be solved as if they were mere technical or methodological issues, as is the case in Franz Samelson's «new» History of Psychology (Samelson, 1990). Explaining science in terms of social demands and consensuses of interests seems an unsatisfactory strategy as far as it does not seriously focus what historical personages were discussing in the past, that is to say, Psychology itself. History of Psychology, we argue, is always linked to the exercise of a theoretical perspective which is not only historiographical but also psychological, and should be made explicit by the historian. We, historians of Psychology, are involved in a very significant paradox: we must narrate a discipline directly related to the problem of the knowledge and, simultaneously, we must use some type of theory of knowledge to justify our historiographical strategies. Recent critical historiography has actually chosen a nihilistic psychological viewpoint which upholds its relativistic conception of knowledge. This is probably neither the only nor the best one of the psychological viewpoints worked away in Psychology. Anyway, the choice is a theoretical one and has to be justified in terms of theoretical psychology. A review of Thomas Leahey's History (Leahey, 2005) is offered as an outstanding illustration of that paradox. Finally the current status of our discipline and the ideological requirements of the European Space of Higher Education are considered.

Keywords: History of Psychology. Historiography. Psychological theory. Constructivism. European Space of Higher Education.

1. INTRODUCCIÓN: UN ANTICIPO DE NUESTRO ARGUMENTO

Desde nuestro punto de vista el sentido de la historia de la psicología viene dado por el compromiso teórico con el contenido –el argumento– de la narración histórica que elaboremos. Utilizamos aquí el término «sentido» en su doble acepción de «significado» y de «trayectoria». Creemos que sólo asumiendo las implicaciones teóricas de la narración histórica podemos entender tanto su utilidad (significado) como su estructura interna (trayectoria), es decir, tanto el uso que podemos darle desde el punto de vista de la construcción de conocimiento psicológico como la coherencia de la propia narración. En cuanto a la construcción del conocimiento psicológico, la historia no es un mero adorno erudito ni es algo que tenga que ver exclusivamente con el pasado, sino que ofrece (o debería tender a ofrecer) una perspectiva global, que puede orientar el desarrollo del conocimiento en la actualidad. En cuanto a la estructura de la narración, pues, la historia no es una acumulación de paradigmas inconexos ni una sucesión de teorías caducas.

En efecto, la ciencia es ante todo un proceso de producción de conocimiento y la historia es una dimensión especial de ese proceso, una dimensión que, para decirlo con Aristóteles, elabora críticamente una perspectiva global para orientar los nuevos pasos. Pero el conocimiento no consiste en teorías que representan «la realidad», ni contiene «hechos puros». El conocimiento es *material*: no es un reflejo del mundo, sino que es constitutivo de éste, como hace tiempo subrayó el marxismo y más recientemente nos ha recordado, desde otro punto de vista y frente al relativismo de la Escuela de Edimburgo, Bruno Latour (1992). Los psicólogos nos hallamos en una situación inmejorable para argumentar a favor de esta perspectiva epistemológica constructivista si tenemos en cuenta que en nuestra propia tradición contamos con aportaciones como las de Baldwin, Piaget o Vygotski, empeñadas en mostrar que la construcción del conocimiento es, en última instancia, la construcción misma de eso que llamamos realidad objetiva. Hay, pues, buenas razones para cuestionar, de entrada, la habitual separación entre factores «externos» e «internos» en el análisis del conocimiento científico y su historia. A la hora de analizar una ciencia, lo «externo» –los recursos materiales y humanos, las alianzas, los enfrentamientos, los factores tecnológicos y sociopolíticos– es tan pertinente como lo «interno» –las teorías, los hechos, los procedimientos, los instrumentos–, porque ambas cosas forman parte de la misma construcción. Carece de sentido aislar las teorías o los hechos científicos como si fueran verdades autónomas respecto a los procesos operatorios –histórica, social y políticamente contextualizados– que los han producido. Las verdades no son retratos completos y únicos de nada. No tienen por qué serlo. El relativista ha perdido la esperanza de que existan, pero es porque las piensa todavía al modo realista: como retratos de una realidad exterior. Las verdades constituyen, más

bien, momentos relativamente estables de la construcción de lo real, imprescindibles para seguir adelante, y subsisten en complejas relaciones de competencia unas con otras, denotando así el carácter plural –nunca cerrado o armónico– del desarrollo de las ciencias.

Desde este punto de vista, a la vez que cuestionamos la separación entre lo externo y lo interno, cuestionamos otra separación que quizá acostumbre a pasar más inadvertida: aquella que distingue entre lo que es pertinente para los historiadores de una ciencia y lo que es pertinente para los científicos. A menudo esta escisión entre pasado y presente es camuflada bajo el par historicismo/presentismo. El reparto de trabajo entre historiadores y científicos subyacente a esta separación conduce a que la historia sea algo carente de utilidad para la producción real de conocimiento, es decir, algo carente de función teórica, incapaz de ofrecer orientación a la investigación actual y de obligarla a adoptar una perspectiva global. A lo sumo la historia tendría una función simbólica, identitaria. Serviría para apuntalar el sentimiento de pertenencia a un gremio de científicos cuya tarea actual quedaría justificada de un modo retrospectivo, por continuidad con el pasado.

Hoy, en el contexto de la reforma de los planes de estudio universitarios exigida por el Espacio Europeo de Educación Superior, todas estas cuestiones pasan a un primer plano en lo tocante a la historia de la psicología. Se trata de un área de conocimiento que siempre parece experimentar la necesidad de justificar su existencia, puesto que a menudo es colocada en el punto de mira de los psicólogos bajo la sospecha de que pueda ser una rémora para su afianzamiento científico y profesional, un residuo de un pasado filosófico felizmente superado. De ahí, seguramente, que muchos historiadores hayan optado desde hace tiempo por ofrecer a los psicólogos relatos legitimadores de esa identidad científica y profesional que nunca parece estar del todo consolidada. Pero el cientifismo positivista que impera aún en la psicología es especialmente proclive a no sentir gran necesidad de relatos históricos legitimadores. Quizá lo que está sucediendo ahora, con las reformas de los planes de estudios, es resultado de esta doble cadena de distorsiones: hacer una historia básicamente neutral o legitimadora los unos¹ y permanecer en una concepción cientifista de la psicología y de la ciencia los otros.

2. LO «INTERNO» Y LO «EXTERNO»

Con frecuencia los historiadores de la psicología recurren a factores «externos» (sociales, culturales) para explicar el desenvolvimiento («interno») de su objeto de

1. La historia social, «crítica», posiblemente ha funcionado también como legitimadora, en un sentido paradójico: su *neutralización* generalizada de las verdades científicas las deja como estaban.

estudio: las teorías sobre el sujeto. Nosotros, en cambio, consideramos que las perspectivas externas son genéricas, porque analizan características de la ciencia que no son distintivas o específicas de ella, sino comunes a otros tipos de actividades humanas. Las instituciones son esenciales para el desarrollo del conocimiento, pero también para el de las actividades deportivas o religiosas, por ejemplo. Lo específico de la ciencia es su capacidad de producir verdades, en el sentido arriba mencionado; verdades que, desde luego, no están garantizadas *a priori* por nada ni por nadie, pero que tampoco es posible negar de entrada. El conocimiento científico, como ya nos enseñó Kant, es antes un *factum* que algo respecto a lo cual podamos partir de cero para comprobar, *a posteriori*, si alberga o no alguna clase de racionalidad.

Cuando hablamos de perspectivas historiográficas externas estamos pensando en diferentes tipos de enfoques cuyo factor común es el de mantener algún tipo de neutralidad respecto al valor de verdad de los productos científicos. Así, los **enfoques sociales**, tan de moda en los años 80, sitúan la piedra de toque del desarrollo de la ciencia en las demandas que la sociedad impone a la producción de conocimiento a través de la formación de los científicos dentro de sus respectivos gremios y a través de las exigencias tecnológicas que los políticos y las empresas instituyen. Sin embargo, lo que seguramente ha venido a mostrar el ciclo de la filosofía de la ciencia que va desde Kuhn hasta el «constructivismo social» es que, cuando el sociologismo se radicaliza, acaba convirtiendo al historiador o al estudioso de la ciencia en una especie de antropólogo que, en principio, observa a los científicos sin juzgar lo que hacen pero, al final, termina por mezclarse con ellos hasta entrar en el laboratorio, como hicieron Latour y Woolgar (1995). La cuestión es que, llegado a este punto, el observador de la ciencia ya no es un observador externo, sino un observador «participante», que si no conoce el contenido específico de la actividad científica ni siquiera puede decir nada respecto a ella, por la sencilla razón de que no entenderá nada de lo que específicamente hacen los científicos: no comprenderá el corazón y el pulso de sus operaciones. Podrá constatar que escriben, se reúnen, piden subvenciones o compiten entre sí por el prestigio académico y social, pero esto también lo hacen los directores de clubes de fútbol o los directivos de las empresas. En suma, si el observador de la ciencia quiere mantenerse a toda costa en el exterior de ella, entonces nada podrá decir sobre su desarrollo, y si quiere decir algo sobre su desarrollo entonces dejará de ser un observador externo.

Los **enfoques historiográficos socioculturales**, por su parte, parecen tomar la cultura como una estructura simbólica objetiva de la que emanan los productos científicos, los cuales, a causa de ello, nunca son puros, es decir, nunca poseen un valor epistémico propio. La neutralidad del historiador viene dada ahora no tanto por la conciencia de que los científicos son miembros de grupos de intereses sometidos a la dinámica sociopolítica de las instituciones en que trabajan cuanto por el hecho de que el conocimiento, como cualquier producto cultural, siempre es relativo a un

contexto más allá del cual no parece posible juzgar su validez. Lo que no termina de entenderse en este caso es el estatuto mismo de lo cultural como realidad autónoma que no se ve transformada por sus propios productos. Es cierto que a veces se lleva tan lejos la perspectiva sociocultural que ni siquiera se niega la posibilidad de que las ciencias posean valores epistémicos específicos: simplemente se plantea la necesidad de quedarse un paso por detrás de esa cuestión y analizar las condiciones mismas desde las cuales juzgamos y construimos esos valores (Blanco, 2002). Pero el problema es cómo realizar este análisis simulando que partimos de cero, que no hay ya, funcionando, una racionalidad en marcha, históricamente dada en forma de disciplinas científicas ligadas a transformaciones prácticas y tecnológicas que, además, son constitutivas de la sociedad misma y de la cultura. Son lo que los marxistas siempre han llamado una fuerza de producción.

Los **enfoques organizacionales** (como el de Carpintero, 1981) también van ligados a una concepción social de la ciencia, pero no adoptan la perspectiva sociocultural ni la del «constructivismo social», sino que son herederos, como es bien sabido, de la «sociología externa» de la ciencia, para la cual las adherencias socioculturales del conocimiento se desprenden una vez que éste se objetiva, o sea, cuando queda sancionado por la comunidad científica. Se trata de estudiar aspectos institucionales como los organigramas, las dinámicas de grupo o las redes de citas, pero respetando el núcleo de valor cognoscitivo alrededor del cual giran aspectos como esos. De hecho, el respeto es tan grande que el historiador no tiene criterio sobre dicho valor. Sólo a los científicos les incumbe la validez de las teorías científicas. Si la «sociología interna» ligada al enfoque sociocultural se mantiene epistemológicamente neutral porque equipara los juicios de los científicos con cualesquiera otros –no les reconocen mayor fiabilidad–, la «sociología externa» busca la neutralidad por el motivo contrario: porque acepta los juicios de los científicos respecto a la validez de sus propias teorías, y excluye así la posibilidad de que la historia forme parte del juicio de validez sobre las teorías contemporáneas a debate, considerándola incapaz de ofrecer una perspectiva global orientadora. De ahí que, a menudo, el enfoque organizacional sea casi indistinguible de los enfoques reconstructivistas o internalistas clásicos, vinculados al positivismo, para los cuales la historia de una ciencia es la historia de un progreso acumulativo hacia un presente que se identifica con la verdad. El historiador que adopta el punto de vista organizacional termina analizando la sucesión de instituciones como una sucesión de andamios a los cuales se han ido encaramando los científicos en su búsqueda progresiva y acumulativa de la verdad. El problema evidente, creemos, es que los científicos, en cuanto individuos, forman parte de la dimensión «externa» o institucional de la ciencia, y por ello no son las únicas voces capaces de emitir juicios de valor epistémico. Por eso el historiador, si renuncia a sumar su voz a las suyas, sigue quedándose en las dimensiones genéricas de la ciencia, en sus aspectos institucionales y organizativos.

Algo parecido cabría decir de la **teoría de las generaciones** de Ortega y Gasset y Julián Marías aplicada a la historia de la psicología (p. ej. en Lafuente, 2004). El concepto de generación es de carácter sociológico y encajaría, en todo caso, en una historia sociopolítica, pero respecto a la historia de la ciencia es inespecífico. Los rasgos de una misma generación en lo que a perspectivas teóricas se refiere son generales, abstractos, previos a la construcción científica propiamente dicha. A lo sumo pertenecen a las filosofías de vida de los autores que comparten una época, a sus circunstancias vitales comunes, debidas al contexto histórico y social que les ha tocado. Por ejemplo, Baldwin, Pavlov y Husserl forman parte de la generación de 1856, caracterizada por el establecimiento de las escuelas modernas y la expansión del método experimental (Lafuente, 2004), pero esta caracterización nos deja *in albis* respecto a las ideas que enfrentaban dialécticamente a unos autores con otros, es decir, respecto al sentido o al valor de verdad relativo de lo que unos y otros afirmaban sobre la psicología.

Por último, los **enfoques biográficos** –como el que predomina, si no nos equivocamos, en la revista *History of Psychology*– son muy clásicos y tienen que ver con la historiografía de los «grandes hombres». Presentan la dinámica científica como resultado del trabajo individual de una especie de héroes que hacen avanzar su disciplina, y este avance queda explicado por las circunstancias vitales de sus protagonistas. No importa el contenido de lo que esos personajes hacen, sino su nombre, su figura histórica. Se da por supuesto que su obra es importante y se explica como resultado de su vida o su personalidad. Las vicisitudes vitales no se recortan ahora a la escala colectiva de una generación, sino a escala individual, pero siguen siendo igual de inespecíficas respecto al contenido del trabajo de los científicos –sobre todo porque los contenidos específicos de la biografía de un científico son, por decirlo en clave de psicología genética, las operaciones por las que ha logrado dar sentido y transformar el estado de su ciencia–.

Pues bien, lo que nos interesa subrayar, frente a la neutralidad teórica que parecen exigir los enfoques historiográficos que acabamos de mencionar, es que lo específico de la ciencia es su valor de verdad –el que sea–, su contenido, y por tanto ninguna historia de la ciencia termina de cerrarse, de ser consistente, si no atiende a esa especificidad. Por eso el historiador no puede ser neutral. No es que no deba serlo; es que no puede. Y no puede desde el momento mismo en que se dispone a elegir los acontecimientos que va a historiar, porque cuando recorta un episodio histórico como «psicológico» ya está ejerciendo, quiéralo o no, una determinada concepción de la psicología.

Es muy probable que el error de la historiografía positivista no haya sido tanto su internalismo cuanto su uso de una teoría inadecuada de la construcción del conocimiento en general y del conocimiento científico en particular. No hay, como quería el positivismo, un método científico formal, universal y aplicable a cualquier fragmento de la «realidad». El presunto método científico es un caso particular de la acción racional, y no es previo a cada ciencia. El método depende de los propios contenidos específicos

de cada disciplina, de su particular manera de organizar esos contenidos. Precisamente por eso las ciencias no pueden analizarse desde una perspectiva genérica ajena a sus contenidos y problemas específicos –no importa si esta perspectiva es metodológica, al estilo positivista, o si es social, como parece estar más de moda actualmente–.

Desde este punto de vista neutralidad equivale a inespecificidad. Y si se quiere especificidad es imposible dejar de apostar por ciertas alternativas de entre las dadas dentro de la estructura siempre plural y conflictiva de la disciplina cuya historia estamos elaborando. Esa apuesta es, desde luego, un compromiso racional por probar hasta dónde llega la capacidad de la perspectiva elegida para dar orden y sentido a los materiales históricos y sus proyecciones contemporáneas. Como toda apuesta, puede fallar. Es posible que otras resulten más clarificadoras. Pero ¿no es este el juego? ¿No consiste en eso la competencia racional entre historias? La apuesta conlleva además un posicionamiento crítico frente a los usos –técnicos, prácticos, aplicados– de unas u otras alternativas, y frente a los recursos institucionales que van asociados a ellas. El compromiso teórico se refiere así tanto a lo «interno» como a lo «externo». Los aspectos que suelen denominarse «externos» deberían aparecer entonces como dimensiones del conocimiento que, en lugar de explicar el desarrollo científico, fueran situados en pie de igualdad con el desarrollo «interno» del mismo, sin considerarlas ni como causas ni como consecuencias suyas. El contexto de descubrimiento está ya presente en el contexto de justificación, porque el juicio respecto a la «verdad» de un episodio histórico lleva aparejado un juicio correlativo sobre el «éxito» (o fracaso, si hablamos de un «error») de las instituciones y fuerzas sociales que lo vehicularon. Fijar el pasado no es simplemente hacer constar los fondos económicos, o las presiones políticas, o la fundación de instituciones –todo esto, insistimos, es genérico–, sino utilizar esos datos para comprender cómo se produjo aquello que hoy podemos considerar como verdad científica o verdadero problema científico. Por eso decimos que el análisis histórico se convierte en un análisis crítico (obligado a juzgar) no sólo de ideas sino también de organizaciones, de instituciones.²

2. Deseamos dejar claro, no obstante, que en modo alguno estamos diciendo que los procedimientos de investigación «externos» (las biografías, las cronologías, los sociogramas, etc.) sean prescindibles. Lo que decimos es que no pueden dejar de considerarse como herramientas y confundirse con la estructura misma de la narración histórica. No hay por qué trabajar siempre, desde luego, a la escala de los macrorrelatos, de las historias generales. Es perfectamente posible, y necesario si se quiere avanzar, investigar parcelas concretas: períodos o episodios históricos, autores, conceptos, etc. Los procedimientos de trabajo dentro de esas parcelas disfrutaban de cierta autonomía, porque la construcción de los hechos históricos tiene muchos planos, con cargas teóricas diversas. El problema llega más bien cuando el enfoque historiográfico parcial –sociológico, biográfico, cultural, etc.– se sigue utilizando en el macrorrelato.

3. PASADO Y PRESENTE

En la medida en que mantengamos que las ciencias poseen un valor epistemológico específico, no podemos hacer como si éste fuera irrelevante a la hora de estudiar la producción histórica del conocimiento. No es posible erigir un muro que separe el pasado y el presente, es decir, que sitúe en el presente el problema de la «verdad», de la validez de los conocimientos que se producen, y remita al pasado los antecedentes de esa búsqueda actual. No podemos reproducir historiográficamente la separación positivista entre contexto de justificación y contexto de descubrimiento. La génesis del conocimiento no es cosa del pasado. La génesis es constante, aunque obviamente haya discontinuidades. Cuando nos interesa algo del pasado es porque los problemas del presente, los problemas de construcción científica de la psicología actual, no se han emancipado de los problemas del pasado, sino que mantienen respecto a ellos una *continuidad genética* tal que, si la interrumpimos, dejamos de hacer historia. Una historia neutral, ajena a los problemas del presente científico, es más bien una crónica de acontecimientos o un ejercicio notarial, de levantar acta de sucesos que ya no están vigentes. No cabe plantear la historia como si contempláramos la ciencia desde un observatorio privilegiado («externo») que nos librara de discutir sobre los problemas de la investigación actual.

En realidad, la historia de la ciencia no es más que un momento de la actividad de exploración característica de cualquier actividad investigadora. Contribuye a organizar las alternativas dadas en el presente científico y a juzgar su verosimilitud. Los investigadores, los científicos, hacen esto mismo con una «historia» de quince o veinte artículos especializados publicados durante el último lustro. El historiador lo hace yendo más atrás, y seguramente yendo más allá de una especialidad. Sin embargo la actividad es psicológicamente la misma: utilizar la memoria como procedimiento prospectivo, para decidir alternativas de acción (se trata de la perspectiva y orientación a las que Aristóteles aludía). Obviamente esa actividad puede distribuirse en muchos grados, desde la microhistoria (de experimentos, conceptos o épocas) hasta los grandes relatos (las historias de la psicología generales, que fijan una estructura y un sentido para la psicología), pero no hay una disociación total entre historia e investigación contemporánea. No nos diferenciamos del científico, salvo por el hecho de adoptar «perspectiva» o «distancia histórica». Sin embargo esta distancia no es tanto temporal cuanto conceptual: consiste en escarbar detrás de la ciencia del aquí y ahora y averiguar cuál ha sido su génesis, cómo se han construido los conceptos y, sobre todo, los problemas que la definen. En el caso de disciplinas que carezcan de conceptos realmente asentados, el historiador podrá mostrar que no hay ningún argumento o contenido específico, que todo se resuelve en un plano sociocultural o institucional genérico. (Este criterio puede parecer claro aplicado a pseudociencias tomadas en su conjunto, como

la astrología o la parapsicología, de la que, por cierto, existen cátedras, proyectos de investigación y otros requisitos institucionales. Pero nada impide aplicarlo también a partes de disciplinas científicas y distinguir, así, entre aquellas dimensiones válidas de las mismas y aquellas otras que, aunque pertenezcan institucionalmente a ellas, pueden ser tan dudosas epistemológicamente como la astrología.)

La extendida idea de que la unidad de la psicología se halla en su historia (Carpintero, 2002) es cierta, pues, a condición de que nos demos cuenta de que esa historia sólo podemos reconstruirla si contamos con una teoría sobre la psicología del presente, es decir, si no somos neutrales respecto a las «verdades» de la psicología. Utilizar la *memoria* de forma prospectiva lo hacemos los historiadores igual que lo hacen los científicos. Por tanto sólo podremos definir una «unidad» histórica si al mismo tiempo definimos la «unidad» del presente. Por eso la historia exige billete de ida y vuelta. Y esta es, por lo demás, la única manera de que los científicos se sientan aludidos por la historia, que deja de ser una colección de curiosidades (biográficas, institucionales, culturales) y se convierte en parte interna de su labor.

4. LA PARADOJA DEL HISTORIADOR DE LA PSICOLOGÍA

En el caso de la historia de la psicología nos encontramos con una circunstancia adicional que hace la tarea historiográfica aún más compleja. El historiador de la psicología no puede narrar la génesis de los descubrimientos científicos como si no existiera una *psicología del descubrimiento* o, más en general, una tematización psicológica de las raíces orgánicas y de los procesos genéticos intersubjetivos que generan, prueban y transmiten conocimiento. Estamos produciendo conocimiento histórico de una disciplina –la psicología– que se ocupa precisamente de estudiar cómo se produce el conocimiento. La concepción de la psicología que adoptemos repercutirá en nuestro modelo de conocimiento, de historia de la ciencia y, en concreto, de historia de la psicología. Esta es la paradoja en que los historiadores de la psicología en particular estamos condenados a trabajar.

La psicología siempre ha estado diciendo algo sobre los procesos de producción de conocimiento (y, al menos desde nuestra perspectiva, lo que viene diciendo constituye, sin perjuicio de sus limitaciones, un cuerpo de saberes original, específico y razonablemente fundado). Sin embargo, las grandes líneas historiográficas que venimos adoptando después de Kuhn parece como si ignorasen, en general, esos productos de la psicología. Es cierto que el propio Kuhn se interesó por Piaget, pero ello no fue determinante en su obra y menos aún en las utilidades e interpretaciones posteriores de la misma, de corte sociologista, basadas en una psicología irracionalista del interés un tanto oscura y casi nunca explícita. Nuestros enfoques historiográficos predomi-

nantes hoy son sociologistas, externos. Es como si hubiéramos decidido que sea la teoría de la ciencia, o la historia de la ciencia, quienes elijan por nosotros la psicología que sí vale; y no se lo hemos discutido. Con esa actitud hemos tendido a gestionar nuestra paradoja, y en esa actitud reside la peculiar (ir)responsabilidad de la historia contemporánea de la psicología.

El declive del neopositivismo trajo consigo el auge de perspectivas historiográficas que optaban por una de dos actitudes. Algunas simplemente olvidaban la psicología del descubrimiento. Así, hemos visto cómo los enfoques ligados a la «sociología externa» de la ciencia consideran que la elaboración de una teoría del sujeto es cosa de psicólogos, no de historiadores. Otras perspectivas sí llevaban consigo psicologías del descubrimiento, pero elegían ideas psicológicas irracionalistas o incluso nihilistas. La imagen irracionalista del sujeto presenta a éste como mero portador de deseos e intereses. El nihilismo va más allá y niega incluso la posibilidad misma de elaborar teorías del sujeto, puesto que éste no es más que una construcción ideológica propia de la modernidad, como ha defendido Foucault. Los enfoques socioculturales son los que tienden a adoptar estos puntos de vista. Por eso hacen a veces historia de la psicología dando por buenas determinadas maneras de entender el sujeto y omitiendo, en cambio, otras que están igualmente presentes en la historia, como las de la tradición constructivista de Baldwin y Piaget, que intentan teorizar el sujeto superando el concepto kantiano de un Yo autónomo separado de la naturaleza. En la medida en que nos acerquemos a la idea de que el sujeto se reduce a un punto de confluencia de influencias socioculturales carente de entidad propia, sustituiremos la historia de la psicología por una historia de las mentalidades o por una historia cultural.

Propuestas historiográficas socioculturales como la de Nikolas Rose, vinculada a la tradición foucaultiana, muestran sin embargo la necesidad de que toda perspectiva historiográfica en psicología vaya ligada a una teoría del sujeto (Rose, 1996). Rose sugiere que la historia de la psicología no puede ser la de un sujeto individual y autónomo al estilo del Yo kantiano, porque tal sujeto no existe. En realidad él niega hacer historia de la psicología y niega tener una teoría del sujeto (no cree en él). Desde luego, si realmente se lleva a sus últimas consecuencias la imagen nihilista del sujeto, no hay historia de la psicología que valga. Del sujeto, si acaso, podrían decir algo los antropólogos, los sociólogos o los historiadores de las mentalidades, nunca los psicólogos, que estudian algo que la posmodernidad ha revelado como una quimera. Seguramente esta actitud nihilista lleva al límite la paradoja del historiador de la psicología y por ello muestra mejor que ninguna la necesidad de que historia y teoría se coordinen entre sí. El enfoque de alguien como Rose pone de manifiesto que, por un lado, nuestro concepto de sujeto es una construcción, como no podía ser de otro modo; pero, por otro lado, no es posible rastrear en el pasado ese proceso de construcción si no contamos, aquí y ahora, con una teoría del sujeto.

Ahora bien, reiteramos que la pluralidad que define a la psicología contiene intentos, históricamente dados, de elaborar teorías del sujeto desligadas de la imagen moderna del mismo (kantiana) que los pensadores posmodernos y muchos historiadores socioculturales como Rose rechazan, no sin parte de razón. Si partimos de supuestos psicológicos irracionalistas o basados en la muerte del sujeto adoptamos unos modelos historiográficos sociologistas o relativistas según los cuales la historia de la psicología será la historia de una disciplina imposible. La psicología será una disciplina que, en última instancia, sólo existe institucionalmente. Si partimos, en cambio, de supuestos psicológicos constructivistas ligados a la tradición de Helmholtz, Wundt, Baldwin, Piaget y Vygotski (por tomar ejemplos de grueso calibre), podemos fundamentar una crítica a ese relativismo y a la idea de la muerte del sujeto basada precisamente en la reconstrucción de la historia de esos supuestos, una historia algunos de cuyos componentes hemos intentado explorar en otros lugares, y que remite a núcleos de conocimiento como el darwinismo (entendido de un modo no mecanicista), el funcionalismo, la psicología comparada clásica y la psicología genética de Baldwin y Piaget (véanse, p.ej., Fernández, 1995, Fernández y Sánchez, 1990*b*, Fernández *et al.*, 1992, Loredó y Sánchez, 2004, Sánchez, 1998, Sánchez y Fernández, 1990, Sánchez y Loredó, 2005, Sánchez *et al.*, 1995). Desde este punto de vista la psicología no es la única disciplina que dice algo sobre el sujeto, desde luego, pero seguramente tampoco es la que menos tiene que decir sobre él. Cuando menos, su entidad no es solamente institucional.

La situación, entonces, podría formularse así: si suponemos, de antemano, que cualquier teoría del sujeto es imposible, entonces consideraremos inútil esa búsqueda; pero semejante suposición es una opción posmoderna discutible, y es discutible precisamente desde la psicología (especialmente la constructivista, pero no sólo, pues habría que añadir numerosos productos de investigación de otras tradiciones y áreas, como la psicología cognitiva, la psicología comparada, la psicofísica, la neuropsicología...). La alternativa es profundizar en la búsqueda y encontrar en ella el sujeto que nos quede tras las críticas –fundamentadas en muchos aspectos– de la posmodernidad.

Llegados a este punto, y forzando las cosas hasta sus extremos, diríamos que salvar la historia de la psicología como un área con sentido –con un sentido que no se limite a la función pragmática de proporcionar mitos identitarios a los psicólogos– nos sitúa en la siguiente encrucijada: o renunciamos a la historia de la psicología porque renunciamos a cualquier teoría del sujeto, o utilizamos la historia de la psicología como recurso interno para articular una teoría del sujeto que a su vez sirva como referente para articular un modelo historiográfico donde ese sujeto esté presente, en «carne viva».

5. EL MANUAL DE LEAHEY COMO CONTRAEJEMPLO

A fin de aclarar un poco más nuestras posiciones contrastándolas con otras, nos gustaría ejemplificar el ejercicio historiográfico de algunos de los enfoques ligados a la «sociología externa» con un manual de historia de la psicología tan conocido como el de Thomas H. Leahey (2005). La elección de este ejemplo no se debe a que consideremos esta obra como una mala historia de la psicología. Responde al convencimiento de que quizá sea la mejor historia posible desde cierto punto de vista teórico. Es este punto de vista el que deseamos someter a consideración crítica.

Aunque en la primera edición del libro de Leahey, hace más de veinte años, se adoptaba un enfoque kuhniano basado en la imagen de la historia de la psicología como una sucesión de paradigmas, las siguientes ediciones han ido dando paso a un relato histórico elaborado desde presupuestos cada vez más heterogéneos.³ En ellos se alternan, sin que se advierta bien su articulación, componentes biográficos, socioculturales, institucionales y teóricos. Y es que, de hecho, es perfectamente posible combinar entre sí los enfoques biográficos, organizacionales e incluso los basados en la teoría de las generaciones, aunque esta última no la utilice Leahey. Se puede narrar la historia presentando las instituciones como estructuras sociales al servicio de unos «grandes hombres» que hacen avanzar así su disciplina científica de un modo progresivo y acumulativo. El macrorrelato que nos ofrece Leahey se ajusta bastante bien a este esquema. Se trata de un esquema, además, que refleja la manera de entender la historia de la psicología habitual entre muchos psicólogos. No en vano los relatos como el de Leahey se ofrecen con frecuencia a éstos como discurso identitario, en términos de una historia de progreso jalonada por anticipaciones de un presente definido de acuerdo con determinadas maneras de entender lo psicológico que se legitiman así como exclusivas. Por supuesto, esta función identitaria la desempeña mucho más fácilmente una narración que adopte el formato de una historia «interna». Una historia sociocultural como la de Nikolas Rose tal vez dejase insatisfechos (o más bien indiferentes) a quienes quisieran buscar en el pasado justificaciones de su trabajo actual como psicólogos, porque sólo les mostraría una pluralidad de teorías, técnicas y metodologías ligadas a unos u otros contextos sociales e históricos. Es más probable que el relato cumpla su función identitaria si muestra algún tipo de unidad. En el caso que nos ocupa, el de Leahey,

3. De hecho, y al margen de la relevancia otorgada a los diferentes autores, casi nos atreveríamos a afirmar que, en lo esencial, el manual de Leahey ha terminado coincidiendo con aquel otro que constituía el máximo ejemplo de historiografía positivista, una de cuyas alternativas en los años 80 era justamente la historiografía de inspiración kuhniana. Nos referimos, como es fácil que el lector haya advertido ya, al manual de Boring.

esa unidad adopta un formato teleológico: el pasado aparece como una prefiguración de cierto estado de cosas del presente, a saber, la psicología cognitivo-conductual y el conexionismo. Pero lo criticable, para nosotros, no es tanto esa estructura *presentista* cuanto el tipo de presente que ella legitima. Por lo que hemos dicho hasta ahora, es imposible hacer una historia sin una dimensión presentista, pues entre pasado y presente no existe corte alguno, aunque sí haya discontinuidades. También hemos defendido que la historia sólo es realmente tal si está teóricamente orientada y asume los riesgos derivados de ello. Por eso nuestra valoración crítica de un relato histórico como el de Leahey –o el de cualquier perspectiva que yuxtaponga lo biográfico, lo institucional y lo teórico sin apostar al mismo tiempo por una manera de teorizar lo psicológico– no rechaza tanto su presentismo, en general, como el tipo de presentismo concreto que ejerce.

Reduciéndola a su esqueleto y olvidando los matices, la historia que cuenta Leahey podría resumirse así:

Es posible identificar históricamente una disciplina que se ocupa de estudiar la mente y la conducta de los seres humanos pero que sólo lo hace de una manera científica desde finales del siglo XIX. Con anterioridad a este momento hay numerosos antecedentes filosóficos que, sin embargo, ya no permanecen vigentes y conocerlos sólo nos sirve, en el fondo, por afán erudito o para reflexionar mientras tomamos café, cuando ya hemos cumplido con nuestro verdadero trabajo, que es el de hacer avanzar la psicología por el seguro sendero de la ciencia.

El inicio de la psicología científica, sin embargo, fue como un parto con dificultades, porque Wundt, el padre, conservaba una perspectiva mentalista, más metafísica que científica. Wundt fue el fundador institucional de la psicología, pero la verdadera fundación, la científica, se la debemos a Watson. La Gestalt fue una curiosa anomalía que, en todo caso, se diluyó en los Estados Unidos. Y la «psicología del inconsciente» (Freud y la psicología dinámica) fue una especie de enfermedad infantil de la psicología clínica.

El conductismo, pues, es el que ha guiado a la psicología, al fin, por el seguro camino de la ciencia, una vez superadas las veleidades mentalistas del funcionalismo y de la «psicología de la adaptación» inicial (la psicología comparada). Claro que, si lo humano del hombre es la mente, no terminamos de sentirnos cómodos renunciando a estudiarla, así que la psicología cognitiva ha venido a asfaltar el sendero de la ciencia permitiéndonos forjar la cuadratura del círculo: estudiar la mente con métodos científicos, con unos métodos «objetivos» que el conductismo había afinado y puesto a punto.

En este punto nos gustaría recordar que, como ha mostrado Robert H. Wozniak (1993a, 1993b, 1994), el conductismo carecía, en realidad, de unidad teórica, y la propuesta de Watson tuvo un carácter más propagandístico que efectivo. No hubo conversiones en masa. Sólo un grupo de psicólogos jóvenes adoptaron el conductismo,

del que había, según enumera Wozniak, siete versiones, algunas de ellas bastante alejadas entre sí. Lo que hace Leahey es recortar el conductismo según la línea de puntos que conecta a Watson con Skinner y olvidar que los conductismos fueron más bien propuestas de solución de los problemas teóricos del funcionalismo. Pero al lado de ellas hubo otras propuestas. El debate nunca se cerró salvo desde un punto de vista institucional, de predominio de las posiciones conductistas. En otras ocasiones hemos analizado el cierre en falso de los problemas científicos típicos del funcionalismo, que giraban en torno a la adaptación, el valor evolutivo de la conciencia o el papel jugado por la selección natural en la génesis de la actividad psicológica, y hemos intentado mostrar que algunas propuestas diferentes a las conductistas, como la teoría de la selección orgánica de Baldwin, ofrecían planteamientos mucho más consistentes, de modo que seguramente no es casual que hayan recobrado su actualidad (Fernández y Sánchez, 1990a, 1990b, Fernández *et al.*, 1992, Loredo y Sánchez, 1997, Sánchez *et al.*, 1993, Sánchez y Loredo, 2005).

Pese a todo –concluye Leahey–, seguimos sintiendo que algo nos falta, que quizá aún somos demasiado metafísicos si hablamos de la mente sin identificarla con su sustrato corporal, así que el camino de la ciencia debe convertirse en autopista gracias al actual conexionismo, que viene a demostrar que, en el fondo, nos debemos a la neurofisiología.

Somos conscientes de que nuestro resumen del relato de Leahey es una caricatura, pero las buenas caricaturas exageran rasgos que son reales. El esquema que acabamos de atribuir a Leahey es moneda común entre los psicólogos, aunque creemos que, incluso si discrepáramos sobre la importancia de unos u otros autores, muchos convendrían con nosotros en que hay ausencias escandalosas, como la de Vygotski y la Escuela de Moscú.

Al margen de la importancia otorgada a unos u otros autores, Leahey trabaja con unos sesgos que definen el sentido de su narración y que constituyen contraejemplos del tipo de macrohistoria que nosotros plantearíamos. Son los siguientes:⁴

- 1.º La idea de que la ciencia, toda ciencia, es y debe ser mecanicista. No sólo la física, sino las ciencias naturales y la psicología se convierten en tales cuando abrazan el mecanicismo de raíz newtoniana. Esta idea y la concepción del vitalismo como una rémora para el avance de la biología han sido puestas

4. Puesto que estamos utilizando el manual de Leahey como contraejemplo de nuestra perspectiva, se nos permitirá abusar de las autocitas en los siguientes párrafos. No son fruto de la soberbia ni pretenden incremenar nuestro «impacto». Sólo deseamos que sirvan como referencia de un esquema historiográfico alternativo que sería excesivo resumir aquí.

en tela de juicio por varios historiadores. Después de Newton la fisiología, por ejemplo, siguió desarrollándose con aportaciones procedentes tanto de perspectivas mecanicistas como vitalistas (véanse Canguilhem, 1975, Duchesneau, 1982, Fernández, 2005).

- 2.º Si ciencia equivale a mecanicismo, el certificado de cientificidad para las ciencias de la vida y la psicología tuvo que proceder de una perspectiva mecanicista: el darwinismo. Hemos cuestionado en algunas ocasiones la interpretación mecanicista del darwinismo, que constituye más bien una lectura retrospectiva realizada desde el neodarwinismo del siglo XX (Fernández y Sánchez, 1990, Sánchez y Fernández, 1990; véase también Richards, 2002). Además, el propio neodarwinismo viene siendo contestado dentro de la biología evolucionista desde los años 70.
- 3.º Leahey parece identificar la psicología como disciplina científica con lo que institucionalmente es la psicología. Esta identificación elude la definición teórica de la psicología. Nuestra tesis es que sólo podemos hablar de psicología allí donde encontremos una teoría del sujeto. Modernamente esa teoría la formula Kant y se convierte en psicológica a través de la fisiología de la percepción, la obra de Wundt y el darwinismo (Fernández, 1995, Sánchez *et al.*, 1995, Fernández, 2005). Pero los componentes de una teoría del sujeto desbordan el marco institucional (gremial) de la psicología, tanto hacia atrás (no hay algo así como una historia *de la filosofía* previa a la historia *de la psicología*) como sincrónicamente, porque de hecho se ejercen y formulan conceptos sobre lo psicológico (sobre el sujeto) en diferentes ámbitos disciplinares, como la antropología, la sociología, la biología o la etología.
- 4.º En definitiva, Leahey da por bueno el esquema funcionalismo → conductismo → cognitivismo → conexionismo, y lo entiende en términos de implantación progresiva del modelo positivista de hacer psicología. ¿Cómo es posible que, supuestamente, los historiadores hayamos superado la filosofía de la ciencia positivista y, sin embargo, sigamos asumiendo esa línea de desarrollo histórico? Parece como si el positivismo fuera malo para hacer historia pero no para hacer psicología. Por otro lado, la psicología cognitiva, que sin duda ha producido investigación de interés, carece de una mínima unidad como para ser tomada por la solución del rompecabezas histórico (Fernández *et al.*, 2003), y las orientaciones conexionistas quieren ser la enésima antesala de la disolución de la psicología en favor de la «ciencia dura» (la «fisiología hipotética del porvenir» a la que Wundt acusaba, con razón, de metafísica materialista).

Tal vez los efectos de un relato como el de Leahey se adviertan cuando los psicólogos ya lo hayan interiorizado y hayan adquirido suficiente autoestima como gremio. Pero ¿no estará sucediendo ya esto? ¿Acaso los relatos como el de Leahey han calado tan hondo en la conciencia de los psicólogos —y de todos nosotros— que lo único que nos queda por hacer a los historiadores es matizarlos o ampliarlos, nunca cuestionarlos? Quizá, entonces, la historia de la psicología, o al menos cierta historia de la psicología, ha funcionado como la escalera de la cual los psicólogos quieren deshacerse después de haber subido por ella. En ese caso a algunas historias de la psicología les ha salido el tiro por la culata, porque han justificado una situación en la cual la historia ha dejado de ser necesaria, una situación en que la inmensa mayoría de los psicólogos experimentales se ven a sí mismos como científicos en sentido positivista, sin que la historia misma haya logrado comunicarles alguna de las razonables dudas que merecería la pena tener al respecto. La historia no ha logrado eso porque o bien ha justificado de modo presentista y acrítico el advenimiento final de la «ciencia cognitiva», o bien ha dicho a los científicos que todas sus verdades no son más que construcciones sociales efímeras, cosa que a los científicos, superado el estupor inicial, les suele provocar, con razón, una gran indiferencia.

6. SOBRE EL SIGNIFICADO DEL ESPACIO EUROPEO DE EDUCACIÓN SUPERIOR

Aunque en un texto ensayístico y breve como este no podamos justificar en detalle nuestra posición respecto al Espacio Europeo de Educación Superior (en adelante EEES), creemos que el contexto de este número monográfico de la *Revista de Historia de la Psicología* pide una toma de postura al respecto. Si tuviéramos que adoptarla resaltaríamos lo siguiente.

Ante todo, nos resulta extremadamente difícil encontrar algo positivo en el planteamiento del EEES. Su crítica a la «autonomía» universitaria —a la universidad humboldtiana— sería quizás muy asumible si no tuviera detrás la intención poco disimulada de sustituir las fuerzas que controlan la vida universitaria desde los centros de poder jerárquico como las cátedras o los departamentos, por unas fuerzas externas, las del mercado y la empresa privada, que no son mejores que aquéllas (y que, de todos modos, ya se están aliando con ellas). Por otro lado, el armazón teórico del EEES en lo que se refiere a los principios psicológicos y pedagógicos que adopta apenas puede estar más lejos de lo que realmente es y siempre ha sido la práctica educativa: un *arte* que exige por parte del educador unos buenos conocimientos positivos, de contenido. Los presupuestos psicopedagógicos que subyacen al diseño del EEES, o al menos a su aplicación en España, constituyen probablemente la última vuelta de tuerca de

un constructivismo cognitivista cada vez más alejado del constructivismo piagetiano. Para Piaget, que siempre se consideró un epistemólogo antes que un psicólogo y un psicólogo antes que un pedagogo, la educación era una cuestión práctica, *artesanal*, pero él otorgaba a este término connotaciones positivas, nunca peyorativas. Lo artesanal no es práctica ciega, sino «saber hacer». Lo único que Piaget pedía a los educadores era que tuvieran conocimientos de psicología, y en concreto de psicología genética. El constructivismo piagetiano nunca contuvo recetas pedagógicas ni pretendió hacer de la pedagogía una disciplina científica. Sin embargo, desde ciertas ideas psicológicas y pedagógicas (y filosóficas) se ha gestado ese otro constructivismo psicopedagógico que hace abstracción de los contenidos y las circunstancias sociopolíticas en las que tiene lugar la educación y ofrece, con criterios presuntamente científicos, técnicas pedagógicas formales, relacionadas con las «competencias» antes que con dichos contenidos. La filosofía educativa subyacente al EEES profundiza en esa focalización en las «competencias» que desde hace más de una década se ha hecho con el dominio de las enseñanzas medias en España, y extiende ese dominio a la enseñanza superior.

Detrás de estas propuestas psicopedagógicas se esconde la lógica del capitalismo contemporáneo, según la cual todo, desde los recursos naturales hasta las emociones de los sujetos de carne y hueso, debe subordinarse al funcionamiento del mercado. Las críticas a la autonomía universitaria que cimentan ideológicamente el EEES y las nuevas formas de organización que éste impone se hallan al servicio de la subordinación de la universidad a la sociedad, pero a una sociedad entendida de acuerdo con el modelo neoliberal. Los nuevos licenciados, por tanto, ya no tendrán que adquirir conocimientos que les puedan proporcionar una visión crítica del mundo. En lugar de eso, necesitarán «competencias» que les conviertan en mano de obra especializada pero completamente adaptable a las exigencias del mercado laboral. El uso de términos como «flexibilidad» o «movilidad», la obsesión por las destrezas técnicas como las que tienen que ver con el dominio de idiomas o la informática, y desde luego la búsqueda de habilidades psicológicas o psicosociales como la empatía o la capacidad de comunicación, son poco más que traducciones, a lenguaje psicopedagógico, de las características que debe tener el futuro sujeto de la sociedad occidental, un sujeto que será una mezcla perfecta –o eso se pretende– de consumidor satisfecho y trabajador domesticado.

Pues bien, el lugar de la historia de la psicología en el EEES viene dado, en parte, por lo que los historiadores de la psicología, como gremio, hemos sido capaces de ofrecer a los psicólogos hasta ahora. Antes nos referimos a la posibilidad de que a cierta tendencia a ofrecer historias legitimadoras del *status quo* del presente –una tendencia que hemos ejemplificado con el manual de Lehaey– le haya salido el tiro por la culata. Cuando la comunidad científica de los psicólogos no ve otra cosa que, de un

lado, el seguro camino de la ciencia y, de otro, una profesión asentada y reconocida socialmente, entonces ya no hace falta siquiera una historia que venga a legitimar ese punto de vista. La labor de legitimación ya está hecha y a los historiadores pueden despedirnos agradeciéndonos los servicios prestados. En cierto modo el EEES implica eso: minimizar o prescindir de todas aquellas áreas de conocimiento que no estén –o no parezcan estar– al servicio directo de la productividad científica o de la eficacia técnica. Por supuesto que la productividad científica y la eficacia técnica se entienden de acuerdo con la ideología neoliberal propia del capitalismo globalizado contemporáneo. Se entienden desde criterios puramente externos, sociológicos –índices de impacto, subvenciones obtenidas, evaluaciones de calidad–, que son un calco de los criterios utilizados en la lógica mercantil del mundo de la empresa privada.⁵

Ahora bien, tampoco se trata de flagelarse y culpar a nuestro gremio de la situación que parece avecinarse; porque, incluso si tomáramos la historia de la psicología como herramienta crítica que permite y ha permitido una conciencia más clara –ante todo por parte de los estudiantes, pero también de muchos investigadores y psicólogos– de los problemas científicos de la psicología, bien podría ocurrir que, desde algunos puntos de vista, esa conciencia crítica no tuviera que fomentarse, quizá porque empaña la imagen social del psicólogo o porque remite a especulaciones inútiles para el desarrollo de la ciencia y sus aplicaciones. En todo caso, la conciencia crítica no parece avenirse muy bien con el sujeto consumidor y productor que el EEES va a fomentar. Y de esto, desde luego, poca culpa tenemos los historiadores de la psicología.

Sea como fuere, científicos e historiadores, en una alta proporción que quizá refleje la del resto de la ciudadanía, suscriben un modelo de ciencia productivista que va en el mismo paquete que un modelo general de vida ligado a la sociedad de consumo y la globalización. Pero la psicología no es neutra respecto a su «objeto» de estudio: el sujeto. No se limita a reflejarlo o a describirlo asépticamente, sino que en cierto modo lo constituye, como nos ha enseñado, entre otros, Foucault. El tipo de sujetos –de

5. Lo cual no significa que el EEES haya sido diseñado desde presupuestos explícitamente neoliberales o derechistas. Alrededor de él se ha generado un consenso del que muchos ideólogos socialdemócratas están más que satisfechos. Incluso se ha llegado a hablar, recogiendo explícitamente la propuesta de Anthony Giddens adoptada por el laborismo británico, de una «tercera vía» universitaria ligada a los valores del EEES (Caramés, 2000). De acuerdo con esta perspectiva el funcionamiento de la universidad debe ser análogo al de cualquier empresa, pero no en tanto que las empresas son sistemas de explotación de recursos humanos y naturales (pensar eso es, para Caramés, síntoma de izquierdismo trasnochado), sino en tanto que «organizaciones». Así, el «*management*» sirve para cualquier organización, y la búsqueda de criterios de «calidad» y «excelencia», la satisfacción del cliente y el «*marketing*» constituyen recursos tales que renunciar a ellos equivaldrá a quedar excluido del sistema.

ciudadanos, de individuos— de la sociedad del futuro estará, en parte, configurado de acuerdo con lo que los psicólogos, como especialistas que participan en el diseño de la sociedad, dicten, decidan y ejerzan. Así pues, si tenemos en cuenta que el EEES contiene una ideología muy determinada en cuanto a la clase de ciudadanos deseables para el capitalismo del futuro inmediato, y que la historia de la psicología es de los pocos lugares donde potencialmente cabe ejercer una perspectiva crítica respecto a la psicología —respecto a su implantación política y su lugar entre las ciencias—, entonces el terreno en que nos situamos los historiadores de la psicología difícilmente puede ser más conflictivo, aunque por ello mismo es muy probable que esté poblado de desafíos.

7. CONCLUSIÓN

Desde la perspectiva que hemos intentado esbozar, la historia de la psicología constituye una herramienta al servicio de la psicología (nosotros diríamos que entendida ésta como disciplina científica no positivista). Tal servicio lo realiza contribuyendo a la orientación de futuro gracias a la perspectiva de sentido que ofrece en forma de relato histórico. La orientación es necesaria porque el presente de una ciencia es siempre conflictivo. Pero la función orientadora se realiza en la medida en que la historia adquiere un compromiso con alguna de las opciones en pugna y trate de reconstruir en forma de relato histórico, del modo más ambicioso posible, los materiales pertinentes (hechos institucionales, experimentos, fracasos, filiaciones de ideas...). Ello supone, claro está, la confrontación racional entre diversos relatos, entre diversas historias.

El compromiso del historiador es, pues, epistemológico, pero también moral. En último término, cualquier historia acaba legitimando unas u otras formas de hacer ciencia y, por tanto, sitúa al historiador ante cuestiones axiológicas, como han defendido Alberto Rosa y colaboradores (1996). Seamos o no conscientes de ello, estamos contribuyendo a crear una determinada identidad gremial (académica y, ante todo, profesional). Contribuimos a sancionar una determinada versión de cuáles han sido las líneas de progreso de la psicología y a prescribir, así, unas u otras formas de seguir haciendo psicología, tanto en la Academia como en la calle. Si a eso añadimos que hacer psicología es un modo de influir en el modo en que los sujetos han de vivir y que la política educativa de nuestro futuro inmediato va ligada a determinadas apuestas por ciertos modos de vida, entonces podemos hacernos una idea de la dimensión moral de nuestro trabajo.

Referencias bibliográficas

- BLANCO, F. (2002): *El cultivo de la mente. Un ensayo histórico-crítico sobre la cultura psicológica*. Madrid, Antonio Machado.
- CANGUILHEM, G. (1975): *La formación del concepto de reflejo en los siglos XVII y XVIII*. Barcelona, Avance. (Orig. 1955.)
- CARAMÉS, J. L. (2000): *La nueva cultura de la universidad del siglo XXI: La tercera vía universitaria*. Oviedo, Trabe.
- CARPINTERO, H. (1981): «La psicología actual desde una perspectiva bibliométrica: Una introducción», en H. Carpintero y J. M. Peiró (eds.), *Psicología contemporánea*. Valencia, Alfaplús.
- (2002): «Historia de las ideas o historia profesional. Una propuesta integradora». *Anuario de Psicología*, 33 (2), pp. 199-230.
- DUCHESNEAU, F. (1982): *La Physiologie des Lumières*. La Haya, Nijhoff.
- FERNÁNDEZ, T. R. (1995): «Kant y la historia del sujeto: un esbozo biográfico». Comunicación presentada al *VIII Symposium de la Sociedad Española de Historia de la Psicología*. Palma de Mallorca, 27-29 de abril.
- (2005): «Sobre la historia natural del sujeto y su lugar en una Historia de la Ciencia. A propósito de Robert J. Richards y el Romanticismo de Darwin». *Estudios de Psicología*, 26 (1), pp. 67-104.
- FERNÁNDEZ, T. R., I. LOY y J. C. SÁNCHEZ (1992): «El funcionalismo en perspectiva». *Revista de Historia de la Psicología*, 13 (2-3), pp. 197-206.
- FERNÁNDEZ, T. R. y J. C. SÁNCHEZ (1990a): «Sobre el supuesto mecanicismo de la selección natural: Darwin visto desde Kant». *Revista de Historia de la Psicología*, 11 (1 y 2), pp. 17-46.
- (1990b): «James: la selección natural y el funcionalismo». *Revista de Historia de la Psicología*, 11 (3-4), pp. 41-52.
- FERNÁNDEZ, T. R., J. C. SÁNCHEZ, M. P. AIVAR y J. C. LOREDO (2003): «Representación y significado en Psicología cognitiva: una reflexión constructivista». *Estudios de Psicología*, 24 (1), pp. 5-32.
- LAFUENTE, E. (2004): «Asedio a *Inteligencia Animal* de Thorndike (1898): un estudio de su significación en la psicología de finales del siglo XIX», en R. Pellón y A. Huidobro (coords.), *Inteligencia y Aprendizaje*. Barcelona, Ariel.
- LATOUR, B. (1992): *Ciencia en acción. Cómo seguir a los científicos e ingenieros a través de la sociedad*. Barcelona, Labor. (Orig. 1987.)
- LATOUR, B. y S. WOOLGAR (1995): *La vida en el laboratorio. La construcción de los hechos científicos*. Madrid, Alianza. (Orig. 1986, 2.^a ed.)
- LEAHEY, T. H. (2005): *Historia de la psicología*. 6.^a ed. Madrid, Pearson. (Orig. 2004.)

- LOREDO, J. C. y J. C. SÁNCHEZ (1997): «Sobre la influencia actual de James Mark Baldwin». *Revista de Historia de la Psicología*, 18 (1-2), pp. 165-179.
- (2004): «El pancalismo de James Mark Baldwin. Estética, psicología y constructivismo». *Estudios de Psicología*, 25 (3), pp. 315-319.
- RICHARDS, R. J. (2002): *The Romantic conception of life. Science and Philosophy in the age of Goethe*. Chicago, The University of Chicago Press.
- ROSA, A., J. A. HUERTAS y F. BLANCO (1996): *Metodología para la Historia de la Psicología*. Madrid, Alianza.
- ROSE, N. (1996): *Inventing Ourselves. Psychology, Power and Personhood*. Cambridge, Cambridge University Press.
- SAMELSON, F. (1999): «Assessing research in the History of Psychology: Past, present and future». *Journal of the History of the Behavioral Sciences*, 35 (3), pp. 247-255.
- SÁNCHEZ, J. C. (1998): «Selección neural y función psicológica. Una lectura constructivista de la historia de la psicología y de la teoría del cerebro de G. Edelman». *Revista de Historia de la Psicología*, 19 (2-3), pp. 405-412.
- SÁNCHEZ, J. C. y T. R. FERNÁNDEZ (1990). «Funcionalismo y teoría de la selección orgánica. Revisión de algunos problemas conceptuales en el origen de la Psicología comparada». *Revista de Historia de la Psicología*, 11 (3-4), pp. 53-66.
- SÁNCHEZ, J. C. y J. C. LOREDO (2005): «Psicologías para la evolución. Catálogo y crítica de los usos actuales de la selección orgánica». *Estudios de Psicología*, 26 (1), pp. 105-126.
- SÁNCHEZ, J. C., T. R. FERNÁNDEZ e I. LOY (1993): «De la «apercepción» wundtiana a la «reacción circular» de Baldwin. Notas para una historia del concepto de función». *Revista de Historia de la Psicología*, 14 (3-4), pp. 307-315.
- (1995): «La génesis de la «intuición». Helmholtz y la naturalización del sujeto trascendental kantiano». *Revista de Historia de la Psicología*, 16 (3-4), pp. 375-382.
- WOZNIAK, R. H. (1993a): «Experimental and comparative roots of early Behaviourism», en R. H. Wozniak (ed.), *The Experimental and Comparative Roots of Early Behaviourism*. Londres, Routledge/Thoemmes Press.
- (1993b): «Theoretical roots of early Behaviourism: Functionalism, the critique of introspection, and the nature and evolution of consciousness», en R. H. Wozniak (ed.), *Theoretical Roots of Early Behaviourism*. Londres, Routledge/Thoemmes Press.
- (1994): «Behaviourism: The early years», en R. H. Wozniak (ed.), *Reflex, Habit and Implicit Response*. Londres, Routledge/Thoemmes Press.